

estrenaba el armonio traído de Bogotá, obsequio valioso de nuestras generosas Marias. No me atrevo a pintar el cuadro conmovedor que formaban nuestros indiecitos cantando de una manera muy satisfactoria la misa de los «Ángeles». Al domingo siguiente, con no menos aparato, celebróse una fiesta religiosa de más transcendencia todavía que la anterior.

La PRIMERA comunión de los PRIMEROS cristianos de la misión.

Era la de una selección bien preparada cuyos corazones debían ser tan puros como lo era la blanca ropa que vestían en aquella ocasión. ¿Quién dirá los acordes del *Te Deum* que cantamos entonces?

La música profana no había de faltar y como quiera que se hubiese dañado nuestro fonógrafo, prestamos el de un indio de San Bernardo.

Hubo rifa y dulces para todos los asistentes, sin que faltara el banquete para los de primera comunión.

El «clou» de la fiesta fué (atraso nuestro, incurable) una función con proyecciones luminosas y en colores.....!!!

Me resisto a pintar la admiración de los espectadores; pero lo que sí no puedo dejar en el tintero es el agradecimiento que debo a los caritativos y Reverendos Hermanos de las Escuelas Cristianas por el obsequio muy oportuno de la lámpara que en adelante iluminará nuestro telón.

Aquel día ya preñado de tantos acontecimientos, debía ser una fecha de recuerdo para la misión. Al efecto hicimos la publicación solemne del Decreto Ejecutivo N.º 614 del 31 de Abril de 1918, sobre gobierno y protección de los indígenas no civilizados de la región del Vaupés.

En seguida nombramos a los policías, posesionándolos en el acto. Después de haberles instruido de sus deberes y obligaciones, les entregamos el uniforme que para ellos nos habían dado en Bogotá y les remitimos su nombramiento.

En adelante, con una *papera* del Gobierno, nues-

tros Capitanes se verán revestidos ante sus congéneres de una dignidad y autoridad cuyo valor no alcanzamos a comprender nosotros los blancos.

Sea esta la oportunidad para dar al Supremo Gobierno, por tan señalado servicio, los agradecimientos sinceros y debidos de todos los misioneros.

Vividos tan solemnes momentos, nos fué preciso separarnos. El Padre Pedro Barón regresó a Santa María a donde sus Cubeos, el Padre Pedro Kok se quedó con los Tucanos y yo pasé a San José de donde les escribo esta carta informativa. (véase el *fotografiado*)

Dentro de poco tiempo, bajará el Padre Huberto Limpens a perfeccionarse en Montfort en la lengua de los Tucanos.

Terminada su instrucción, el citado Padre me reemplazará aquí y yo volveré a administrar la capital de la misión para permitir al Padre Kok el que visite a los Desanos en San Bernardo y a los Pira-Tapuyos en San Javier.

Mi tiempo bien lo comprenderán vuestras Reverencias, queda sin hueco para descansar: dos catecismos diarios y la vigilancia de una Escuela alternada que cuenta con veintidos alumnos (doce varones y diez mujeres) son mis ocupaciones principales. Como arte recreativo tengo en ejecución la cocina, las bancas para los alumnos, la cría de gallinas y la siembra de matas.

Por desgracia, nosotros los misioneros, no podemos trabajar sin vivir ni vivir sin comer; ahora, para un europeo, el casabe y la manícuera son muy poco comer. Termino. Estoy contentísimo; trabajo y estudio con gusto, contando con el auxilio de los sagrados Corazones y la ayuda de las oraciones tanto de vuestras Reverencias como de nuestros amigos....

HUBERTO DAMOISEAUX S. M. M.

Continuara

FOLLETIN DE «ECO DE ORIENTE»

Los Borrachos

Por Antonio de Trueba

La transformación también había alcanzado a Lorenzo, que cuando los días festivos, antes de misa, conversaba con sus vecinos en el pórtico de la iglesia con la pipa en la boca, hacía decir a las vecinas que pasaban y le veían limpio como una patena y con la camisa blanca como la nieve.

— ¿Quién dirá ahora que es rememtor?

Era un domingo después de medio día, y las campanas de Santa María tocaban al rosario.

Lorenzo estaba en el balcón echando una pipada y haciendo fiestas a Capitán, que este hermoso nombre tenía su perro.

Él se preparaba a plantarse la mantilla para ir al rosario.

Menchaca, que vivía en otra de las casas del encinar, se encaminó hacia la de Lorenzo con la chaqueta sobre los hombros, la pipa en la

boca, y un enorme y nudoso palo de acebo en la mano.

Menchaca era como de cuarenta años, de seis pies de estatura y de ocho arrobas de peso. Su fuerza era tal, que le hubiera envidiado el mismísimo fuerte de Ocharan. Hércules que floreció en las Encartaciones, hacia el último tercio del siglo pasado, y cuyos asombrosos alardes de fuerza se relatan en un libro escrito por el autor del presente con el nombre de *Capitulos de un libro*.

Menchaca era natural de una aldea del interior de Vizcaya, y hacía veinte años que vivía en las Encartaciones.

Celebridad le habían dado éstas su fuerza y su facilidad de beberse una cantara de vino sin que se le pusieran los ojos alegres; pero su principal celebridad procedía de una desgracia no muy común. Menchaca tenía la lengua suelta y tan perfecta como el primero, y, sin embargo, era casi mudo, por la sencilla razón de que había olvidado la lengua nativa, que era el vascuence, y no había aprendido la castellana, que es la que se habla, aunque un poco chapurrada, en las Encartaciones.

Pero basta de pelos y señales,

que no merece tantos perfiles un pedazo de animal como Menchaca. Advertimos que al reproducir sus palabras las hilvanamos y pulimos un poco, porque si no, no pudiendo reproducir con ellas la pantomima que las ayudaba, no las entendería ni el mismo diablo; y entre paréntesis, hago muy mal en dar a entender que el diablo es muy listo para la lingüística, pues se cuenta que estuvo dos años en Bilbao aprendiendo el vascuence, y solo aprendió dos palabras.

— Lorenzo, ¡viéstele, pues, jugar asumbre viño y casuela sardinas! dijo el colosal Menchaca, parándose en la portalada.

— No, que me voy al rosario, y luego por ahí con el perro y la escopeta a ver si mato una liebre.

— Tonto eres, pues, que mejor casar es en casuela y jarro.

— Me vendré a casa, y cazaremos mi mujer y yo en amor y compañía unas magras con tomate y un cuartillo de vino, que Rosa habrá preparado para cuando yo venga.

— A ti bien entender yo después. Tú no vienes taberna por no gastar peseta.

— Te equivocas, Menchaca, exclamó